

¡Feliz Pascua de Resurrección! Para todos Cristianos en todas partes, este día—el primer Domingo de Pascua—es un tiempo de recordar la semana más gloriosa del año. La primera vez que experimenté el Triduo—el Jueves Santo, el Viernes Santo, y la Vigilia Pascual—me sentí como si estuviese experimentando el paraíso. Mi esposa, nuestro hijos, y yo habíamos sido confirmados en la Iglesia Católica solamente unas semanas antes, y ésta fue la primera vez que celebramos la Semana Santa. Creía entonces que nada podría ser igual a la celebración de esa primera Semana Santa.

Ahora he experimentado casi cuarenta de esas semanas, y cada año me siento otra vez ese mismo asombro y esa misma maravilla que mi Señor y mi Dios lavaría los pies de sus amigos, compartiría con ellos la comida tradicional santísima, y les diría que desde aquel día le recordarían por comer su carne y beber su sangre. Siento otra vez el horror y el dolor de su muerte agonizante en la cruz y recuerdo que él sufrió para ustedes y para mí. Siento otra vez la emoción y la sensación de exaltación al recordar su resurrección y recuerdo que la vida triunfa sobre la muerte.

El Jueves Santo recordamos que el Señor Jesús celebró la Cena de la Pascua de los Judíos con sus amigos más íntimos. Él quiso compartir esa cena especial de la familia con los hombres que él llamó sus hermanos, los hombres que llamamos sus apóstoles. Durante esa cena les prometió—y a nosotros— una nueva alianza que ellos y nosotros debemos celebrar hasta su advenimiento. Esa alianza es una alianza, no en la sangre de las ovejas o cabras, sino en la sangre de nuestro Señor. Él dio su vida para que viviéramos. Por lo tanto, esa cena es también un sacrificio.

También recordamos en Jueves Santo la humildad de nuestro Señor: él, su amo y su Señor, lavó los pies de sus discípulos y les dijo que ellos—y por lo tanto nosotros—debemos «lavarle los pies unos a otros». Nos dio un ejemplo y el mando de ser un sirviente. Nuestra vida como su seguidor no es ser servido, sino es servir a los demás.

El Viernes Santo recordamos el sacrificio de Jesús. Cada año no puedo refrenar las lágrimas mientras doy la reverencia a la cruz, recordando el sufrimiento de Jesús y el sufrimiento de sus hijos e hijas, aún en esta hora, en todas partes del mundo.

En la Vigilia Pascual y ahora en este primer Domingo de Pascua, me alegro mientras celebramos la resurrección de Jesús. En la Vigilia Pascual también me alegré con los adultos quiénes fueron bautizados y con los otros quiénes, como mi familia, fueron confirmados en la Iglesia Católica. Me alegré con ellos mientras celebraron su propia resurrección. Estos días gloriosos hacen aún más real la Eucaristía que estamos a punto de recibir. Cada año siento otra vez esa maravilla, ese asombro, ese dolor, y esa emoción.

Mi oración para mí mismo y para todos nosotros es que nunca nos separemos o nos soltemos o nos desconectemos del gran misterio, este gran misterio de Jesús, quien es nuestro Dios y también nuestro hermano. También mi oración para mí mismo y para todos nosotros es que podamos seguir respondiendo a la llama de Cristo a amar como él ama y a vivir como él vivió, sirviendo a los demás y dando su vida para que los otros pudieran vivir.